

Pájaros de sangre

Amanece en mi cuerpo.
Afilados rayos del sol
cruzan las ramas celestes
y trinos caudalosos
brotan de los nidos.

Soy el fango que cruzas,
el viento que asciende
tu espalda vegetal,
secreto revés de la piel,
nervadura de hierbabuena.

Tu erizado plumaje de arpía
borra los mundos, los muros.

Se hunden las miradas
en la luminosa cabellera del día
como semillas del grito original.

* Bogotá. Poeta. Docente del Departamento de Humanidades y Letras de la Universidad Central.

VII

Beso en el agua,
codos al cielo.
Oigo el salvaje ascenso de la pena.

Entre mis ojos,
una galería de gritos congelados.

Palpo los bordes
del antiguo estanque, de la flor.

Sospecho una ausencia.
Confirmo: me he quedado sin rostro.



Sentido

En el proscenio,
agitadas campanas de luz
son las lámparas,
se mece el pesado telón
y escucho en la distancia,
el vaivén de los ahorcados.

Te veo, ya no. Te veo.

Vierte la música su eternidad
en los secos labios de la tierra,
que despacio,
se abren.

Atraviesan,
ardientes rocas,
la piel del cielo.

Vennnn...
— vibra la lengua
a punto de saber la noche —
una lágrima de fuego
se desliza
por mi rostro de nieve
en esta función sin final,
sin intermedio.

Me miro,
y me crecen,
como ramas,
tensos hilos transparentes.

Desaparecido teatro,
se olvida el papel
cuando eres la red, la araña y la presa.



Anónimo impulso

Al rasgarse la página del mundo,
te miras.

El lago, congelado en mis ojos,
prolonga tu aullido.

Es espesa la claridad
en mi voz de leche.